

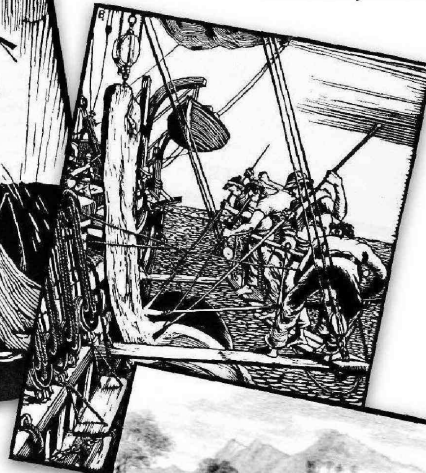
Fecha	Fuente	Pag.	Art.	Título
13/05/2012	EL MERCURIO - (STGO-CHILE)	4	2	NUESTRO MAR EN LA LITERATURA UNIVERSAL PARTE 01

MES DEL MAR | Una mirada desde la cultura

Nuestro mar en la LITERATURA UNIVERSAL

La historia de la literatura universal testimonia que al menos nuestro mar, cuyas corrientes y meandros han sido el telón de fondo de temerarias odiseas, ha sido uno de nuestros más ilustres embajadores.

No es casual que las dos sagas marinas más insignes de la narrativa de los últimos tres siglos tengan por escenario la geografía oceánica del país: Robinson Crusoe, de Daniel Defoe, en la Isla Juan Fernández, y Moby Dick, de Herman Melville, en el trayecto que va desde la Patagonia al Golfo de Arauco. La zona del Cabo de Hornos despertó la curiosidad de Edgar Allan Poe en Arturo Gordon Pym y, más al sur, la desolación del paisaje antártico sedujo la fantasía de Coleridge. Arriba, Isla Robinson Crusoe.



En autores como Melville, Theroux o Chatwin el mar de Chile es, más que ningún otro mar, un espacio de iniciación y aprendizaje.

Fecha	Fuente	Pag.	Art.	Titulo
13/05/2012	EL MERCURIO - (STGO-CHILE)	4	3	NUESTRO MAR EN LA LITERATURA UNIVERSAL PARTE 02

ARMANDO ROA

Poeta y traductor, Director de Humanidades UDD

"El mar, aunque ondulado en largos trechos tumefactos sin cresta, parecía inmóvil y estaba liso en la superficie, como plomo diluido que se ha enfriado y endurecido en el molde del fundidor".

Herman Melville, Benito Cereno

El mar de Chile, enclavado en el confín del mundo, inhóspito, frío e indomable, no sólo ha inspirado a nuestros cronistas, narradores y poetas, desde Alonso Ovalle y Diego Rosales a Salvador Reyes, Francisco Coloane y Rolando Cárdenas, sino que también ha estimulado la imaginación literaria de creadores de épocas y nacionalidades muy diversas. Junto a Jorge Teillier, en el libro "La Invención de Chile", pudimos consignar algunas muestras significativas. No es casual, por ejemplo, que Federico Haag haya apuntado que las dos sagas marinas más insignes de la narrativa de los últimos tres siglos tengan por escenario la geografía oceánica del país: Robinson Crusoe, de Daniel Defoe, en la Isla Juan Fernández, y Moby Dick, de Herman Melville, en el trayecto que va desde la Patagonia al Golfo de Arauco. La zona del Cabo de Hornos despertó la curiosidad de Edgar Allan Poe en Arturo Gordon Pym y, más al sur, la desolación del paisaje antártico sedujo la fantasía de Coleridge —quien se había familiarizado con Chile gracias a la obra del Padre Lacunza— y las pesadillas de Lovecraft, quien vio en los hielos más australes del orbe el escenario propicio para su cosmogonía del Cthulhu, poblada por seres arcanos y misteriosos. La suma podría seguir: Lowry, Whitman y Thomas Mann con Valparaíso; Salgari y Verne con el estrecho de Magallanes y la región de Aysen.

La Patagonia, según Salgari

Veamos un par de muestras. La primera, del naturalista y poeta alemán Adalbert von Chamisso con la Isla Salas y Gómez, a la que

dedicó insignes tercetos (la traducción es de Dietrich Kern): "Salas y Gómez emerge de la marejada del Pacífico, / roca calva y desnuda / por el abrasante sol vertical quemada, / zócalo sin hierba ni musgo alguno / que escogieron las aves en bandada / como refugio en el movido regazo marino". La segunda, del entrañable Emilio Salgari, que imaginó colonias anarquistas en los islotes patagónicos y que nos dejó estas líneas sobre la topografía magallánica en su novela "La Estrella de la Araucanía", traducida por Lautaro García: "su formación parece que no es antigua. Probablemente no existía antes de la creación de los seres orgánicos. En un tiempo debió estar sumergida, a juzgar por los arenales, los depósitos de conchas y las vértebras de ballenas que se encuentran todavía en gran número en sus valles del interior y también sobre las escabrosas montañas que la pueblan. Sea vieja o no, es una tierra de imponente aspecto, casi siempre bajo un cielo gris y neblinoso, pródigo en tremendos huracanes. Está cubierta de peñascos inmensos que desafían, desde hace siglos, el furor del oleaje; de ilimitados médanos sin hierba; de abismos espantosos, con gargantas profundas, dentro de las cuales ululan los vientos sin tregua; de torrentes vertiginosos y montañas cubiertas de nieve durante la mayor parte del año, en cuyas cimas estallan las tempestades".

Cendrars y Rubén Darío

Pablo Neruda definió al océano Pacífico como una "verdadera universidad". En autores como

Melville, Theroux o Chatwin el mar de Chile es, más que ningún otro mar, un espacio de iniciación y aprendizaje, pues allí donde está la consagración de la plenitud de la vida, igualmente se encuentra "el gran sudario de los hombres", el paisaje donde se alza, sin maquillajes, abierta de par en par, la desnudez implacable de la naturaleza, su pulso ciego y atemorizante que nos obliga a mirarnos en lo que verdaderamente somos: seres fugaces como las olas, criaturas a merced del desamparo en la infinita soledad de las corrientes marinas. Al mismo tiempo, el con-

Fecha	Fuente	Pag.	Art.	Titulo
-------	--------	------	------	--------

13/05/2012 EL MERCURIO - (STGO-CHILE) 4 4 NUESTRO MAR EN LA LITERATURA UNIVERSAL PARTE 03

traste entre la faja estrecha y amurallada de suelo y el horizonte abrupto de mar en cuya inmensidad parece despeñarse, hizo que muchos autores extranjeros nos retrataran como un pueblo fronterizo, aguerrido y fatalista, aunque con un fuerte sentido de identidad. Blaise Cendrars, viajero incansable, se admiraba de la reciedumbre y sobriedad que nos brindaba "el rocío del mar". Y Rubén Darío añadía: "por la superioridad de su experiencia marítima ... en el carácter chileno priman el ánimo de empresa, la

hospitalidad y el desprendimiento, si bien hay en él cierta sequedad y rudeza". Darwin y Keyserling abordaron el influjo del océano en la mentalidad criolla vinculándolo a "compostura interior" y a una vivencia del tiempo marcadamente presentista, donde el ahora, como una nave en medio de las aguas, es el único territorio familiar que se tiene al alcance de la mano frente a los insalvables tentáculos de un futu-

ro tan imprevisible como los flujos y reflujos de la marea. Incluso hay autores —pienso en Lewis Spence y en Muller— que al escarbar en el corazón de la mitología de los litorales sureños, con la Pincoya y el Caleuche a la cabeza, han vislumbrado en ésta un propósito deliberado de conjurar el furor de las aguas, manteniendo a raya el fantasma de un diluvio de tiempo inmemorial. Ese diluvio, digamos, entusiasma además las incursiones de Lovecraft en los hielos antárticos y despierta curiosidad en antropólogos e historiadores europeos por la relación entre las serpientes marinas de la mitología mapuche Caicai Vilu y la serpiente de la mitología escandinava Jormungandr, cuyo protagonismo será decisivo para el Ragnarök o "Crepúsculo de los Dioses". De vuelta en Chile, el peso de lo marino será sintetizado por Vicente Huidobro en su poema "Monumento al mar", en cuyos versos leemos: "Este es el mar/ El mar con sus olas propias/ Con sus propios sentidos/ El mar tratando de romper sus cadenas/ Queriendo imitar la eternidad/ Queriendo ser pulmón o neblina de pájaros en pena/ O el jardín de los astros que pesan en el cielo/ Sobre las tinieblas que arrastramos".

Un ilustre embajador

¿Será que somos más paisaje que país, como sostenía Nicanor Parra? No lo sabemos a ciencia cierta, aunque la historia de la literatura universal testimonia que al menos nuestro mar, cuyas corrientes y meandros han sido el telón de fondo de temerarias odiseas —no puedo obviar las incursiones de piratas tan célebres como Sharp y Drake, admirados por Robert Louis Stevenson—, ya sea por su estela legendaria, ya sea por su naturaleza agreste o su belleza ancestral, con sus bondades e inclemencias, "mar que es mar de todos los mares", al decir del poeta irlandés Padraig de Brun, ha sido uno de nuestros más ilustres embajadores.

